

Provisto de estos fondos, Frappoli alistaba en las calles de París á los pillos de todos los países para formar la expedición á Roma y Florencia.

A Montanelli en oro y letras de cambio sobre París para sus necesidades particulares.....	20,000
En cuanto al ministro de negocios extranjeros, Mordini, al declararse en quiebra, habia enviado á Paris para sus gastos personales (libras toscanas).....	400,000

No pudo obtener mas que la mitad, pues la otra fué rescatada por no haberse librado á tiempo los billetes de pago.

¡Cuántas infames dilapidaciones!

CAPITULO XIII.

INTERVENCION FRANCESA EN ROMA.—DESEMBARCO EN CIVITA VECCHIA.—LAS DOS REPUBLICAS FRENTE A FRENTE.—SITIO DE ROMA.—LESSEPS.—NOTICIAS DE VENECIA.—EL GENERAL GARIBALDI.—BRAVATAS DE VICTORIA.

Habia perecido la Joven Italia. Las sociedades secretas no daban muestras de vida; y vencidos y consternados el comunismo y el socialismo, realizábase en toda Europa el edificio social, al mismo tiempo que los tronos se afirmaban de nuevo. ¿Qué iba á hacerse de la Santa Sede?

Encontrando la Francia de mal gusto la imitación burlesca que de su república se habia hecho en las murallas del Vaticano, y no considerando á su nueva hermana mas que como una pobre bastarda, dijo á la Europa asombrada: "Pues que hay riña en el Tiber, enviaré allá una patrulla;" y mientras que Ricciardi, Menotti y de Filippi, enviados romanos en Paris, solicitaban el apoyo de Luis Napoleon, un ejército francés se embarcó el 23 de Abril en Marsella. Solamente se omitió decir cómo y para qué era enviado á guerrear del lado de Civita-Vecchia.

Fundados algunos en que los regimientos franceses habian sido expedidos en paquebotes á manera de mercancías políticas, pensaban que su misión era de paz y de fraternidad. ¡Bravo! En este caso sería el asunto un negocio de buena vecindad, que no daría lugar mas que á cuestiones de arte, de industria, de alianza y de comercio.

Al contrario, otros tenian la idea de que la expedición podía muy bien haberse emprendido para restablecer el pontificado. ¡Maravillosamente!

Era entonces una cuestión religiosa la que iba á ventilarse para discutir afablemente acerca del dogma espiritual y de la teocracia mística.

No faltaba quien afirmase que el pensamiento Barrot Marrast era buenamente llegar antes que las legiones austriacas al viejo templo de Júpiter Tonante, al Coliseo, y á la columna de Trajano. ¡Muy bien! Era, por consiguiente, un sencillo premio de carrera lo que se intentaba ganar; una cuestión que recordaría á *Hypómenes* y *Atalante*, escepto las manzanas de oro.

Muchos, en fin, aseguraban que el único objeto al tomar las armas era el de establecer en Roma un término medio encantador, una armoniosa mezcla de la república y el pontificado. ¡Tanto mejor! Se trataba decididamente de una fusión conciliadora; de un gracioso equilibrio entre el bien y el mal, la verdad y el error, la justicia y la injusticia, el ateísmo y la piedad, el infierno y el paraíso. Muy poca cosa que arreglar: una inocente cuestión de equilibrio.

¿Y qué dijo el ministerio francés? Nada. Sin embargo, como á veces callarse es hablar, esplicó cómo y por qué no debía.... explicarse. El Sr. Barrot estaba á la par por sostener y por abatir, por S. Pedro y por Mazzini: hubiera tendido una mano á Bruto, y saludado con la otra á César.

Por querer dar gusto á todos, no fué del gusto de nadie.

"Si se consulta el voto de todos, escribia el triunviro Mazzini, es imposible que vaya la Francia espada en mano á acabar con una república tan legalmente constituida como la suya."

Y en efecto, tan *legal* era una como otra.

El señor Barrot se preguntaba á sí mismo ingenuamente, si se habia consultado á la nación romana como á la francesa; y aunque todos hubieran respondido á no dudarlo afirmativamente, él no se atrevió á darse tal respuesta, y comisionó á los granaderos franceses para que fuesen á averiguar por medio de cuchilladas, descargas de fusilería y cañonazos, si en realidad habia pedido la nación romana la república.

Luis Napoleon por su parte dió tan minuciosas esplicaciones acerca de la marcha del general en jefe Oudinot, que evidentemente el pensamiento del gobierno francés era... no tener ninguno.

Partió la expedición para Civita-Vecchia, mandada por el general Oudinot, á quien prevenian sus instrucciones respetar los votos del país, sin que se hablase en ellas ni una palabra del Papa: y Civita-Vecchia le abrió sus puertas, entregando á los franceses 120 piezas de artillería, y un repuesto considerable de pólvora y municiones. Izóse la bandera de la república francesa sobre un árbol de la libertad romana; casáronse

los pabellones de ambos países en los edificios públicos; creyóse verdadera la fraternidad proclamada del lado allá del mar.... como la carta de Luis Felipe; y todos se deshicieron en demostraciones de simpatía y afecto recíprocos.

“Abraçémonos, y negocio concluido,” decían solícitas las poblaciones; pero de lo que estaban solícitas era..... de no pelear.

Nada se hablaba acerca de Pio IX á pesar de haber enviado un legado al campo de Oudinot, donde se le había recibido muy cumplidamente, volviéndose en seguida sin armar ruido.

Oudinot escribió á París que “se hacían en Gaeta todos los esfuerzos imaginables por conservar..... su libertad de acción á la Francia;” y si bien no había duda de la oscuridad de la frase, como se hablaba en ella de libertad, satisfizo. Anunció el mismo general á los Estados romanos que iba “á evitarles desdichas inmensas,” y Mazzini le respondió lo más orgullosamente posible: “Puede mucho en el mundo la fuerza; pero me es sensible creer que la Francia republicana, nacida bajo los mismos auspicios que la republica romana, abrigue el pensamiento de arrebatarnos nuestros derechos iguales á los suyos.” Y tenía razón el triunviro y era justo su parangón; que ambas repúblicas tenían los mismos derechos.

Mazzini, que pensaba, como Proudhon, “que Mario, Catilina y Julio César habían sido en su tiempo los corifeos del socialismo (1)” exigía antes de abrir las puertas de Roma el reconocimiento oficial de su gloriosa república; que entre hermanos y republicanos no era de rehusar un apretón de manos y un insignificante cumplido de reconocimiento; pero se engañó, porque semejante exigencia pareció indiscreta hasta lo sumo.

Febrero rehusó establecer por base la igualdad. Por lo tanto, fué desarmada la guarnición de Civita-Vecchia, y dispúsose el ejército francés á marchar sobre Roma con sable en mano y mechas encendidas, sin dejar por ello de protestar el ministerio francés, que no tenía intenciones hostiles, y que no se sitiaria ni barrería á metralla á los sucesores de Horacio, Cocles, Curcio y Scévola, sino por su propio bien y conveniencia.

Encantada la cámara francesa con tan dulcísima concordia y cariñosos pensamientos, invitó al gobierno “á tomar inmediatamente las medidas necesarias para que la expedición de Roma no fuese distraída por más tiempo de su fin:” ¿y cuál? no se decía. Verdad es, se dirá, que la palabra ha sido dada al hombre para disfrazar sus pensamientos; pero aunque así sea, se necesita alguno que ocultar, y el gobierno francés no tenía ninguno.

(1) Confesiones de un revolucionario, pág. 303.

Ni una palabra acerca del Padre Santo, ajeno al parecer al asunto; porque la carta, ya más esplicita, de Luis Napoleón al ciudadano Edgardo Ney, fué considerada tan solo como una consigna caída por descuido del bolsillo de un cabo; así que, apenas leída, se pasó á pensar en otra cosa.

Al par que el ministro de negocios extranjeros prometía solemnemente en la tribuna no atacar á los romanos, mandaba ejecutar lo contrario por medio del telégrafo.

Acababa de llegar á Roma Garibaldi, y la presencia de este famoso guerrillero aterraba todos los ánimos. A contar desde este momento, cesó toda demostración popular á favor de los franceses.

El 29 de Abril de 1849 se pasó una gran revista militar en Roma en la plaza de los Santos Apóstoles. Allí se desató Garibaldi en injurias contra Cavaignac, á quien apellidó el *sotacómite* del Austria; hubo el entusiasmo de ordenanza, y al saber que se acercaban los franceses, exclamó con voz estentórea el belicoso Sterbini; “¡Ciudadanos! ¿sufriréis que unos extranjeros, cualesquiera que sean, vengan á imponeros el envejecido yugo de los papas....?” ¡No! ¡no! respondió entusiasmada la tropa, jurando sobre la bandera de la unidad italiana, defender á Roma hasta morir. Comenzóse, pues, á levantar barricadas en todas las calles (1): en el *Transtiber* se armaron de espíochas y picas los hombres, las mugeres y los niños, ansiosos todos de volar al combate; y Cicerovacchio al frente de los suyos, imaginando que era una medida conveniente en tales momentos quemar sin dilación los confesonarios de muchas iglesias, lo puso él mismo por obra (2). Con igual motivo quemaron las carrozas de muchos cardenales, aguzó después cada cual su espada, y por orden del triunvirato ilumináronse todas las noches las casas, lo cual daba á Roma el alegre aspecto de un sarcófago.

Dióse el primer ataque el 30 de Abril, siendo rechazados vigorosamente los franceses, que habían creído entrar sin combate, y que según el dicho exagerado de los romanos, hubieron de lamentar la pérdida de 400 muertos, 400 prisioneros y 600 heridos (3), á lo que siguió en guisa de proclama de los triunviros la estraña burla siguiente:

“¡EN NOMBRE DE DIOS Y DEL PUEBLO! Considerando que ni hay ni puede haber guerra entre la república francesa y la de Roma, son libres

(1) Se nombró una comisión de barricadas compuesta de los ciudadanos Cernuschi, Cattabeni, Caldesi y Andreini. (Véase el Sitio de Roma, por el Vecchio. En 12^o, pág. 32.)

(2) En la iglesia de San Carlos, en el Corso y en la de San Lorenzo in Lucina, eran los confesonarios quemados obra maestra de escultura.

(3) Sitio de Roma, por el Vecchio, pág. 35.

los prisioneros franceses, se les conducirá á su campamento, y el pueblo romano saludará con demostraciones fraternales á los valientes soldados de la república su hermana. (Roma 8 de Mayo de 1848).” Y este pasquin, fijado con toda formalidad por las esquinas, tenia las tres firmas de los ilustres triunviros *Mazzini, Armellini y Saffi* (1).

Tristes presagios eran, para la revolucion del Tiber, la batalla de Novara y la restauracion del gran duque de Toscana; pero infundiale secretas esperanzas el estado de la Francia, cuyos focos de insurreccion no se habian estinguído del todo, y por otra parte Liorna resistia aún.

Habia auxiliado el general Laugier en todas partes el restablecimiento de la autoridad legitima en Toscana; el gran duque habia encomendado el mando de Florencia al conde Serristori; apoyaban vigorosamente al gobierno los guardias nacionales; combatian las tropas de línea á las columnas movilizadas de los liorneses, acá y allá esparcidas; y solo quedaba por someter Liorna, foco de la rebelion, decidida al parecer á defenderse enérgicamente, porque se habia fortificado la ciudad, se levantaron barricadas en todas las calles, las arengas patrióticas aturdián los oídos, affluían un crecido número de revolucionarios extranjeros, y habian huído todos los hombres acomodados (2).

Presentáronse delante de Liorna los austriacos el 11 de Mayo, y comenzaron sus ataques. Una de las divisiones estaba al mando del príncipe Albreicht, hermano de la reina de Nápoles é hijo del archiduque Carlos; distinguióse allí por su valor el duque de Módena, á cuyo lado hirieron á uno de sus ayudantes (3); habia concurrido tambien en persona el general en jefe d'Aspre, y, en fin, estaban tomadas todas las medidas para un sitio largo y terrible, porque se creia que habia de haber combates horribos.....; pero este *largo sitio* duró *dos horas!!!* Sometida así toda la Toscana, podia entrar el gran duque en Florencia (4).

El rey de Nápoles por su parte marchaba sobre Roma, los austriacos se apoderaban de Bolonia, y poco antes desembarcaban algunos miles de españoles mandados por el general Córdova en la embocadura del Tiber (5).

El 12 de Mayo se avistaba con Mazzini el ciudanano Lesseps, envia-

(1) Sitio de Roma, por el Vecchio, pág. 35.

(2) 50 franceses que se decian oficiales y llevaban uniformes caprichosos, estaban al frente de los rebeldes, algunos de los cuales fueron cojidos y fusilados, y se advirtió que uno de ellos llamado Miguel estaba marcado en la espalda.

(3) Llamábase Weswechier.

(4) No entró en ella hasta el 23 de Julio.

(5) No tomaron parte en los combates habidos delante de Roma.

do extraordinario de la Francia; al decir de los periódicos, para componer las diferencias, suspender las hostilidades y poner en claro los asuntos; verdad es que en sus instrucciones enigmáticas se le *daba á entender* que.... no *diese á entender* nada, y que con tales *instrucciones* no podia *instruir* á nadie. Mas por casualidad ocurriósele una idea propia, y fué que al fin y al cabo la república francesa debia sostener la república romana, á lo cual ajustó su conducta. Así que, comenzó por proponer que se conservaria en Roma el gobierno provisional “hasta tanto que las poblaciones romanas diesen á conocer sus votos acerca de la forma de gobierno que hubiera de rejirlas,” cosa que estaba en su derecho, al parecer del ciudadano Lesseps. Propuso despues á los triunviros declarar “que la república francesa garantizaria contra toda invasion estraña, el territorio ocupado por sus tropas.” Y no paró en esto, sino que firmó ademas un tratado que contenia las cláusulas siguientes:

Art. 1º “La Francia otorga su apoyo á las poblaciones de los Estados romanos, las cuales consideran el ejército francés como un ejército amigo que viene á tomar parte en la defensa del territorio:” tanto valia decir *alianza defensiva*, que ponía á disposicion del triunvirato las tropas francesas en el momento de marchar contra Roma las de Austria, España y Nápoles.

Reconociase en el art. 2º á la república romana, porque se la conservaba la administracion del país; y el art. 3º, por último, decia así: “La república francesa, garantiza contra toda invasion extranjera el territorio ocupado por sus tropas.”

¡Ah! el ciudadano Lesseps se imaginaba cándidamente en su intempestiva lógica que habia república realmente en Francia; hay gentes que tienen los ojos por adorno.

Este tratado produjo agrias reprensiones á Lesseps, su llamada repentina á Paris y su acusacion ante el consejo de Estado. Chasco mútuo (1).

La república romana, que tenia la pretension de haberse plantado sobre las orillas del Tiber por la gracia de Dios y el *sufragio universal*, á pesar de que habia dejado de votarla un gran número de electores, emitió un papel moneda que se cotizaba á cuarenta y dos por ciento (2).

El 19 de Mayo estaba en Velletri el rey de Nápoles, á quien se habia ocultado el armisticio momentáneo que debia Roma al ciudadano Lesseps; así que, todas las fuerzas de Mazzini pudieron maniobrar contra él sin que se lo impidiera el ejército francés; odiosa alevosía.

[1] Publicó una memoria justificativa, entregada por el ministerio al consejo de Estado, juzgada y condenada. La sentencia del consejo de Estado fué severa.

(2) Sitio de Roma por el Vecchio, página 81.